

DOCUMENTO

CARTA LITERARIA

(A LISIMACO CHAVARRIA)

JOSE MARIA ZELEDON

Compañero:

Cuando ya van apagándose los ecos del aplauso que ha provocado el último libro de sus versos, y ningún ruido importuno impedirá a Ud. oír los acentos de la amistad, vengo a comunicarle algunas impresiones de quien sigue con interés su marcha victoriosa sobre el campo de las letras.

Ya sabe Ud. que no comprendo el arte como un simple deporte intelectual. Admiro sus realizaciones estupendas y amo con intensísimo amor las florescencias de hermosura y juventud que él sabe hacer brotar aun en los más tristes eriales de la vida. Pero no olvido —no quiero olvidar un instante— que él, con ser la más bella, la más ardiente y vigorosa manifestación del sentimiento y del pensamiento humanos, está llamado por las circunstancias del momento actual a ser también el más bello, el más ardiente y vigoroso batallador en las empresas del humano esfuerzo.

Un llanto de congoja que las religiones —esas místicas impotentes— no supieron y no pudieron consolar, riega hoy amargamente los senderos del mundo. Las teorías filosóficas empapan en él sus blancos paños sin lograr detener el torrente inconsolable, mientras ríe desde sus balcones, con la cargada de sus brutales hartazgos, el capitalismo dominante. ¿No hay, pues, razón bastante para pedir al arte la dirección de los empeños salvadores que habrán de dar al mundo la igualdad de que vive sediento?

Y entre todas las formas inmensamente bellas y geniales en que el arte ha revelado sus encantos, es la poesía, por la profunda y misteriosa excelencia de la expresión y por la gran fuerza sugestiva que en su ejercicio desarrolla al penetrar, como rayo de sol, en el arcano de las multitudes, la que debe llevar el estandarte de las reivindicaciones que la miseria debate ante el tribunal de la conciencia contemporánea. A ello la obligan también los antecedentes de su historia. ¿La voz de sus clarines no ha guiado durante siglos las avanzadas del progreso?

He aquí por qué sólo son dignas de estimación las obras poéticas que llevan entre la pompa de sus bellezas, un nuevo sentimiento de justicia y de verdad al lote humano. He aquí por qué deben ser ya proscritas del recinto de nuestra admiración, esas literaturas enfermizas en las cuales sólo se escucha el llanto afeminado de un supuesto dolor no comprendido, y en donde sólo se contempla a esos Narcisos intelectuales que se miran. . . y se miran, eternamente complacidos, en las aguas de su infecunda vanidad.

Pienso en ratos de ferviente ilusión, que Ud. ha comprendido a mi manera. A la manera que comprende hoy multitud de juveniles intelectos la trascendental misión que cumple realizar a la poesía en los dominios de la realidad.

Es el suyo un temperamento esencialmente artístico —lo atestiguan sus versos, sus dibujos, sus esculturas y sus interesantes modelados— no educado en los ejercicios de la voluntad. Por eso, aparte del movimiento de evolución progresiva que a toda fuerza material es inherente —a la inteligencia, sobre todo, que es la más alta expresión de la materia— se nota en su labor artística cierta fluctuación desconcertada, como la de una arpa que vibrara al contacto del soplo versátil de los vientos. Hay en las impacencias de su fecundidad, cierta ansia imitativa de viejos y nuevos modelos que sin notables intervalos reflejan el recuerdo de sus respectivas épocas en la diafanidad de las estrofas suyas. Es verdad que tal procedimiento, hasta cierto punto inconsciente, da a sus obras riqueza de matices, profusión de detalles de forma y de expresión, pero le roba en cambio la solidez y el valor de originalidad que constituyen los quilates de la obra escrita que está destinada a servir y a perdurar. Los tonos pronunciados característicos de esas cristalizaciones que el pensamiento elabora en los moldes de la pasión, se atenúan y se desvanecen en esa volubilidad de la fantasía que en todas las flores quiere libar los condimentos de su miel.

Leyendo sus versos, desde los primeros, como yo los he leído, se advierte el incesante revoloteo de su numen, ora sobre las charcas de la desesperanza; ora entre la fragancia de las ingenuas rusticidades de la vida; ya en los cármenes de un sentimentalismo morboso; ya en torno de las altas ideas que son como montañas seculares erguidas en el tiempo, para servir de tribuna a los infatigables y verdaderamente grandes visionarios del bien. En el curso mismo de algunos de sus mejores poemas, salta su imaginación como un niño atolondrado, hollando a veces las bajas superficies y rozando en ocasiones ligeramente las altas cimas del ideal.

¿Es esto un defecto, amigo mío? ¿Es más bien una facilidad encantadora?

Muchos asentirán a lo segundo. ¡Tan relativos, tan convencionales, son todos nuestros juicios! Yo estoy con lo primero, porque a esas conclusiones me arrastran las tendencias que viven profundamente arraigadas en mi temperamento. A lo variado, prefiero lo consistente. Desdeño a veces la sonrisa multicolora del ingenio que va rompiendo contra las agudezas de su genialidad la sonora cristalería de sus delicadezas, por irme tras el gesto severo del intelecto que descarga el mazo de su verbo, produciendo hermosos cantos, sobre el yunque atormentado de la idea. A ratos niego el oído a los azules delirios de Rubén Darío que pasan por mi pensamiento como ráfagas de una tonalidad incomprensible y vagarosa, para deleitarme en la contemplación de un ebúrneo soneto de Chocano, el poeta fuerte y brioso que comparte con Lugones y con Díaz Mirón, ante la escasa luz de mi criterio artístico, la majestad del estro americano. Pienso entonces que la neurastenia, elevada al rango de escuela literaria, es la más alarmante consecuencia de ese espiritualismo delirante que es característico, según unos, de la extraña mezcla de razas a que pertenecemos.

Se dice de Ud. con reticencia, que su dicción es incorrecta y que la crítica docta no lo ha ungido. Ya es hora de responder a tales desatinos con estas dos consideraciones que no pertenecen al orden de las especulaciones retóricas, sino más bien al dominio de los hechos cumplidos: ¿desde qué cátedras de añeja escolástica puede hoy dictarse el fallo de incorrecto sobre el artista que en una época pletórica de las más extraordinarias y contradictorias teorías, se permite elegir para norma transitoria de sus procedimientos las que más de acuerdo se hallen con su visión de la naturaleza? ¿Y en dónde está esa pretendida crítica docta que ha tomado a su cargo la consagración de las reputaciones literarias entre nosotros? La mayoría de las que se alzan sobre nuestras cabezas en este ambiente de eterna primavera, son fabricadas por la más poco escrupulosa de las benevolencias. ¡Y son esas las autoridades que presumen de dictar los veredictos decisivos en la vida raquítica del arte que vivimos! ¿Por qué, pues, se echa de menos el óleo de esa magistratura ilusoria, cuando por otro lado los poetas que saben serlo de verdad, como las águilas, se elevan desde sus nidos hasta el sol por la sola potencia de sus alas?

¡Aviados están los que aún forcejean por hacer del arte un sacerdocio, en estos días de moribunda fe en que los niños hacen muñecos con los dogmas! ¡Aviados están los que aún sueñan con imponer yugos a esos dulces rebeldes que sienten sobre sus hombros que rema en los vientos el ala poderosa de la poesía! Escrito está, en el pensamiento de los hombres libres, que ante la luz del siglo que vamos trajinando ningún santuario permanecerá cerrado.

